



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 40.

JUEVES 1.º DE DICIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

OJEADA HISTÓRICA Á LA INVASION Y DOMINACION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA, por Ricardo Andrés y Assereto.—EL CASTILLO DE MAGDALO. (Conclusion), por Enrique Perez Escribá.—CINCO DUROS, por Rafael Biasco.—UN SUEÑO: artículo dedicado á los habitantes de Madrid, por M. F. el Flaco.—ECONOMÍA RURAL: coimenas.—DON GERÓNIMO DE ZURITA: apuntes biográficos, por S. M.—REVISTA DE NOVIEMBRE, por Roberto el Diablo.—EN EL SEGUNDO CUMPLEAÑOS DE MI HIJO, por Horacio Pascual.—CANTARES, por Antonio Campos y Carreras.—¡FATALIDAD!—SUELTOS VARIOS.—A MIS QUERIDOS TIOS: poesía, por A. V. G.

OJEADA HISTÓRICA

Á LA INVASION Y DOMINACION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA.

I.

Si al través del inmenso prisma de los siglos recorremos una á una las gloriosas páginas de nuestra historia, si nos detenemos á estudiar los graves y trascendentales acontecimientos que han afligido á la España, desde los tiempos mas remotos, fijaremos sin duda nuestra atención en *La invasion y dominacion de los árabes*. En efecto, este suceso forma para nosotros una era nueva, una era grande, pues el estandarte del Islam, triunfante de Oriente á Occidente, amenaza destruir para siempre nuestra nacionalidad. Hace revivir la invasion el espíritu de independencia esculpido en el corazon de la raza indígena, que unida con los dispersos restos de la goda, prepara en los rincones de Asturias la grandiosa cruzada de siete siglos, que concluyó por arrojar para siempre á los dominadores de nuestro suelo.

La humanidad vive, la sociedad marcha, los individuos obran, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, y todos, obedeciendo la ley inmutable del progreso, forman un conjunto armónico, conducido por la mano del Creador al cumplimiento de su destino. «Todos los hom-

»bres ha dicho Pascal, durante el curso de tantos siglos, pueden ser considerados como un mismo hombre, que subsiste siempre y siempre está aprendiendo.»

España á la par que los otros pueblos sufre variaciones y modificaciones: desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, todos han codiciado la España, todos han visto en ella el objeto principal de su ambicion.

Para comprender mejor las causas de la invasion sarracena, principal objeto de este capítulo, y para estudiar la influencia que ejerció en nuestra civilizacion, creemos oportuno dar ante todo una ligera idea de los diferentes pueblos que residian en la península, la manera cómo habian venido á España, su cultura y diferente modo de ser.

El Asia, cuna de la raza humana, estiende á sus hijos y surte de pobladores á la Europa. Sus tribus viajando, como el dorado astro, de Oriente á Occidente, llegan hasta aquí. Los iberos son los primeros moradores de la península: los celtas los segundos y la union de estas dos razas, forma la celtíbera, creadora de ese genio especial, de ese orgulloso carácter, noble é independiente, que nunca se ha dejado dominar y que si alguna vez duerme, es para despertar mas tarde, como el leon que le sirve de emblema, altivo y vigoroso. Este espíritu de indomable fiereza, y verdadero valor nacido entre la primitiva raza y que todavía conserva el pueblo español, le vemos mil veces en la historia, que tantas y gloriosas pruebas nos presenta, desde Sagunto hasta Zaragoza, desde Annibal, hasta Napoleon.

Los fenicios, griegos y cartagineses se suceden en la herencia de la anti-ua Iberia. Roma y Cartago, esas dos rivales del mundo antiguo, la eligen para teatro de sus discordias, hasta que Escipion derrota en nuestros campos á los enemigos de los romanos. Pero no logra sin embargo apoderarse de toda España. Refúgianse algunos pocos indígenas en los riscos y montañas del Norte, como queriendo defender sus

últimas libertades protegidos por aquel baluarte natural, y hasta la venida del mismo Octavio Augusto, no puede decirse que está la península completamente pacificada. Recibe bajo este ilustrado príncipe la paz y la civilizacion y des- cansa de sus antiguas luchas.

Todavía nos restan magníficos recuerdos de la dominacion romana, que parece se esforzaba en trasmitir á las generaciones posteriores, como documento fehaciente de su cultura y adelanto en las artes, las elegantes y atrevidas construcciones, que tanto abundan en España y de las que como gloriosa muestra podemos presentar el acueducto de Segovia, obra verdaderamente grande, soberbia, que aun hoy causa verdadera admiracion. No fueron menos fecundas las ciencias que las artes y nuestros hijos pasaron á Roma, á la capital del mundo, á dar un testimonio incomparable de su rápido adelanto. Marcial, Séneca, Quintiliano, Teodosio y otros muchos, legaron á la posteridad sus nombres, como modelos de la sabiduría y la virtud.

Pero la civilizacion romana habia degenerado: el pueblo rey no pensaba mas que en gozar de sus lúbricos placeres y en la adoracion de sus absurdos dioses. Tanta abyeccion no podia continuar: era necesario que un poderoso acontecimiento regenerara, diera la vida á aquel inmenso gigante, que perdía su sangre por momentos. El cristianismo, esa institucion tan bella, tan dulce, tan suave con sus hermosas máximas, predicando la caridad y la abnegacion, vino, infiltrándose por el imperio, á dar la unidad al mundo, cuando éste se iba á disolver.

Mas el coloso se habia de desplomar al soplo de los vientos del Norte: y así sucedió en efecto.

A principios del siglo V llegan á España, como torrente impetuoso que se desborda, los suevos, vándalos y alanos, y se reparten en casi toda la península. Tras ellos vienen los visigodos y España se ve en esta época dominada por cinco distintas castas; romanos, suevos, ván-

dalos, alanos y godos. Eurico se emancipa de Roma y combatiendo á todos los que no son godos, funda su monarquía.

El indomable espíritu de los celtíberos habíase enervado al solo contacto de la infecta Roma; pueblo ya de artistas clérigos y filósofos, no opone ninguna resistencia á los bárbaros y mira á sus nuevos conquistadores, como mensajeros de su libertad.

Pero vencedores y vencidos viven civil y moralmente separados, aunque sometidos á un solo cetro; pues diferentes son sus legislaciones, diferentes sus costumbres y hasta existe entre ellos la prohibición de enlazarse por el nudo santo del matrimonio. Otro abismo mas profundo hay todavía entre las dos razas, la diferencia de religion: los godos eran arrianos; los españoles católicos en su mayor parte. Males sin cuento y funestísimas consecuencias trajo á los nuevos señores de la península, esta disparidad de dogma. Eurico, conquistador glorioso y dominador terrible, persigue con cruel encarnizamiento á los obispos y clero católicos y á pesar de sus violencias no logra dominar sobre los espíritus. Poco faltó para que el santo Hermenegildo realizara la unidad religiosa de la monarquía; pero la cuchilla del verdugo cae sobre la cabeza del mártir y el hijo es sacrificado por la ceguedad del padre. Sin embargo la enseña del catolicismo habia de tremolar bien pronto en toda España: Recaredo, el hermano del santo mártir, habia sido elegido por Dios para ejecutar esta misión. Reune el III concilio de Toledo y en él, con su familia y magnates, abjura la herejía. La unidad religiosa estaba consumada. ¡Quizá era ya tarde!

Debía seguir á esta unidad religiosa, la política y civil: Chindasvinto y Recesvinto la realizan. Ya pueden godos é ibero-romanos unirse por medio del matrimonio: ya ha desaparecido la ley de castas y el fuero-juzgo, gloria legislativa de nuestra patria, terminado por Chindasvinto, sirve de ley comun para todos los habitantes de la península.

Sin embargo, la monarquía goda decaía visiblemente.

La unidad y la fusion que debían haber sido el primer pensamiento de todos los reyes, viene ya demasiado tarde; cuando ya aquella sociedad abrigaba en su corrompido seno los gérmenes de desmoralización y decadencia que la habían de hacer sucumbir.

En tiempos de Witiza se desarrollan furiosamente los odios y las parcialidades y Rodrigo le arroja del trono; pero los bandos intestinos capitaneados por la familia del monarca destronado no cesan de conspirar contra el Estado.

Varios elementos de desorganización encerraba dentro de sí el Estado godo: la forma electiva de sus reyes daba lugar á infinitas discordias y luchas civiles, observándose con frecuencia el repugnante espectáculo del fratricida ó parricida que empuñaba el cetro á costa de un crimen sangriento. Los nobles habían descuidado el ejercicio de las armas, prefiriendo la molición y el deleite; y el pueblo de guerreros habíase convertido en una miserable cuadrilla de hombres afeminados, mas dispuestos á gozar del banquete y del festín, que á empuñar la lanza y el escudo. La desventurada raza judaica, era perseguida con encarnizamiento por la Iglesia y el trono: la religion se hizo intolerante y al mismo tiempo que Sisebuto decretaba su exterminio, los padres del concilio Toledano VI disponían que al subir al trono se exigiese juramento al rey de no tolerar el judaismo. La desesperación convirtió despues en vengadores terribles á los que el fanatismo se empenaba en hacer víctimas; y por esto no debemos estrañar que los judíos abrieran las puertas de la península á los sarracenos que eran para ellos mas tolerantes que los godos.

Reasumiendo; desde los primeros tiempos habitaban la España los celtíberos, que fundiéndose mas tarde con los romanos constituyeron la raza ibero-romana: á la irrupción de los bárbaros, despues de los suevos, vándalos y alanos, vinieron los godos, tolerantes y mas

ilustrados que las demás tribus, pero que bien pronto perdieron su carácter especial al contacto de la civilización: los judíos eran vejados y oprimidos; y los godos dominadores y en menor número no conocieron sus intereses, pues conservaron una honda valla entre ellos y las demás razas que moraban en la península, destruyendo demasiado tarde los diques que se oponían á la fusion de todos estos elementos. Por consiguiente á la invasión sarracena ninguno trató de ayudar á sus señores y quedando aislados los godos sucumbieron al poder del islamismo.

(Se continuará).

RICARDO ANDRÉS Y ASSERETO.

EL CASTILLO DE MÁGALO (1).

(CONCLUSION.)

CAPITULO X.

¡LÁZARO, VEN Á MÍ!

Multitud de gente se agrupaba á la puerta de una casa de Betania ansiosa de ver el cadáver de un hombre justo y honrado que acababa de morir.

Nunca el mendigo habia llegado á implorar una limosna delante de aquella puerta sin que una mano le socorriera.

El sediento encontraba el agua con que matar la sed devoradora.

El hambriento el pan codiciado. El Dios-Hombre, el Maestro Divino que recorria las tierras de Israel, muchas veces hospedábase bajo el techo de aquella casa caritativa.

El pueblo de Betania adoraba á su honrado dueño.

Pero Lázaro habia muerto, y el pueblo lloraba su sensible pérdida.

La gente, pues, esperaba junto á la puerta para ver pasar el cadáver del bienhechor del pueblo, del amigo del Mesías; pues en aquella hora debía ser enterrado en el mismo jardín de su casa, en el sepulcro de piedra construido por sus mayores.

En el interior de la casa oíase el prolongado lamento de las planideras de oficio, y el melodioso y triste preludio de las flautas fúnebres.

Entremos en la casa mortuoria.

Lázaro, envuelto el cuerpo con una sábana, y sujeta esta mortaja con unas anchas tiras de lienzo que en forma de X se rollan por todo el cuerpo, yace tendido sobre un lecho.

Su cadáver embalsamado exhala un olor agradable.

Su rostro descompuesto por el frío soplo de la muerte, está cubierto con un pañuelo.

Cuatro lámparas fúnebres alumbran el fétetro.

A los piés de la cama, sentadas en el suelo, se ven dos mujeres con los piés descalzos, vestidas con un tosco saco de lana y la cabeza llena de ceniza.

Estas mujeres lloran amargamente, y de vez en cuando se rasgan las toscas vestiduras y se mesan los enmarañados cabellos.

A pesar del llanto, que descompone el semblante, y de la pobreza del traje, se reconoce en ellas que han sido hermosas.

Una de estas mujeres se llama Marta, la otra Magdalena: ambas son hermanas del difunto.

Algunos hombres, parientes de Lázaro, sentados tambien en el suelo, exhalan profundos suspiros y se rasgan las vestiduras.

Algo mas apartados del lecho mortuario, se encuentran las planideras agrupadas en un monton, y detrás de éstas se hallan los músicos fúnebres que acompañan los violentos gemidos de las mujeres que lloran por un miserable jornal, con las dulces armonías de las

flautas. Entre estos músicos se ve uno, joven, hermoso, pero cuyo semblante respira una melancolía interesante. Aquel joven tiene siempre los ojos fijos en Magdalena; pero la pecadora no alza nunca los suyos para mirarle.

Este músico era Boanerges.

Uno de los parientes de Lázaro, cuya barba blanca y austero semblante le daba el derecho para dirigir la ceremonia fúnebre, se levantó del suelo, enjugó sus ojos, y dijo al concurso que rodeaba el cadáver.

—Conduzcamos al sepulcro los restos de Lázaro.

Todos se levantaron.

Cuatro mancebos cogieron por los cuatro extremos la cama que sostenia el cuerpo de Lázaro, y la levantaron.

Entonces la comitiva salió de la casa.

Los músicos delante, despues las planideras, luego el cadáver, y por último, los parientes y los amigos.

Aquella comitiva se aumentó considerablemente al cruzar la puerta.

El entierro penetró en el jardín.

La losa del sepulcro estaba separada.

Aquella boca esperaba un cadáver.

El sepulcro de piedra estaba blanqueado por fuera para que los hombres le reconocieran y no se manchara con su contacto.

Cuando el séquito fúnebre llegó junto á la puerta del sepulcro, uno de los de la comitiva entró en él y reconoció el primero y segundo vestíbulo.

Despues saludó y dijo:

—Lázaro puede entrar en la casa de los vivos.

Lázaro fue colocado en el sepulcro.

Cuando la pesada losa cubrió el hueco ocultando el cuerpo de Lázaro, se redoblaron los lamentos.

—Si Jesus hubiera estado con nosotros, si hubiera venido á nuestro llamamiento, Lázaro no hubiera muerto, decia Marta llorando amargamente.

Despues transcurrieron cuatro dias.

Durante este tiempo, como Betania solo distaba unos quince estadios (1) de Jerusalem, muchos amigos del difunto acudían á consolar á las afligidas huérfanas.

Una mañana las dijo uno de estos amigos solícitos:

—El Maestro Jesus ha abandonado la Judea y viene hácia esta tierra. Vosotras, que tanto le amais, pedidle que haga un milagro. El Maestro fue gran amigo de Lázaro, y el nombre de Lázaro tiene un significado en la Escritura (2) que debe alentar vuestra esperanza.

Apenas habia terminado el jerosolimitano de pronunciar las anteriores palabras, cuando las dos hermanas vieron cruzar por la puerta de su casa á un hombre que decia:

—Robao lo ha visto; Josepe se ha curado de la sordera: corramos, que ya llega á nosotros. Está en los huertos vecinos hablando con sus discípulos.

—Jesus viene á Betania, hermana, la dijo Magdalena.

—Yo saldré en su busca; quédate tú á cuidar de casa.

Marta cogió el manto y salió en busca de Cristo.

El gentío que encontraba á su paso, la hizo conocer el camino que seguía el Maestro.

No tardó mucho en verle.

Como siempre, caminaba con majestuoso y á la par humilde paso, rodeado de niños y mujeres.

Cuando Marta le vió, corrió á su encuentro, y cayendo arrodillada á sus piés, le dijo:

—«Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.

—«Resucitará tu hermano, la dijo Jesus.

—«Bien sé, repuso Marta, que resucitará en la resurrección del último dia.

—«Yo soy la resurrección y la vida. Volvió á decir Jesus con su acento dulce y tranquilo. «El que cree en Mí, aunque hubiera muerto

(1) Próximamente media legua.

(2) Lázaro.—Al que Dios socorre,

«vivirá, y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?»

—«¡Oh! Dijo con ardorosa fé Marta. Yo siempre he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.»

Jesús continuó su marcha en dirección á la aldea de Betania.

Marta le seguía suplicándole que resucitase á su hermano.

Cuando llegaron á la puerta del huerto en donde estaba enterrado, Cristo, viendo á María Magdalena arrodillada junto á las piedras del sepulcro de su hermano que lloraba amargamente, sintió su ánimo afligido y se turbó asimismo.

Algunas mujeres y parientes lloraron también junto al sepulcro de Lázaro.

Jesús, viendo tanto dolor por la pérdida del hombre honrado y justo, y recordando que en otro tiempo había sido aquella casa el asilo seguro de su persona, quiso hacer el más grande milagro que han presenciado los hombres; y acercándose al sepulcro, dijo dirigiéndose á los que le rodeaban:

—¿En dónde le pusisteis?...

—Ven, señor, y le verás; le contestaron.

«Y lloró Jesús, y dijeron entonces los judíos: «Ved cómo le amaba» (1).

Uno de los que presenciaban la dolorosa actitud de Jesús dijo en voz baja á los que le rodeaban:

—«Pues Este que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudiera hacer que éste no muriese?»

—«Quitad la losa», dijo Jesús acercándose á la gruta que encerraba el cuerpo de Lázaro.

—«Señor, exclamó Marta sin comprender el grande milagro que Jesús iba á llevar á cabo á los ojos de cuantos le rodeaban; Señor, ¿ved que yede, porque es muerto de cuatro días.»

—«¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Repuso Jesús. Quita, pues la losa.» Y Jesús, alzando los ojos al cielo, continuó: «Padre, gracias te doy porque me has oído: Yo bien sabía que siempre me oyes. Mas por el pueblo que está al rededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado.»

Entonces Jesús, viendo que la muchedumbre absorta no quitaba la losa al sepulcro, como dudando ó temiendo, se adelantó, y extendiendo la mano en dirección á la gruta, dijo con tono profético:

—«Lázaro, ven fuera» (2).

Entonces sucedió una cosa sobrenatural.

La puerta del sepulcro cayó al suelo desprendida de sus junturas sin que nadie la tocara.

Los que se hallaban presentes retrocedieron unos pasos, porque vieron salir de la boca de aquel sepulcro un cadáver envuelto con sus sábanas y cintas mortuorias, cubierto el rostro con un sudario blanco.

¿Cómo se había levantado aquel cuerpo del suelo, siendo un difunto y teniendo los brazos y los piés sujetos al cuerpo por las tiras de lienzo?

Nadie podía explicárselo; pero lo que no dudaban era que Jesús había dicho: *Lázaro, ven fuera*; y Lázaro, abandonando el sepulcro, obedeció la voz del Salvador.

—«Desatadle y dejadle ir,» volvió á decir Jesús.

Lázaro había recobrado la vida.

¡Milagro portentoso, inolvidable!

Los judíos cortaron las ligaduras de Lázaro. Mientras todos rodeaban al que poco antes había sido un cadáver; mientras las mujeres tocaban con asombro el cuerpo de aquel hombre que había sido por espacio de cuatro días un cadáver, Jesús desapareció, seguido, como siempre, de sus discípulos.

De todas partes acudieron ansiosos de conocer al hombre á quien el Mesías había dispensado un favor tan grande. Este hecho maravilloso

lloso llegó á los oídos de los fariseos, que temblaban en sus palacios ante aquel profeta que trastornaba el orden de las cosas, y que amenazaba destruir su poder.

Caifás, sumo pontífice aquel año, apenas supo la resurrección de Lázaro, dijo en el Sinedrio:

—Jesús es un trastornador público; será preciso que su obra termine en la cumbre del Gólgota.

Al día siguiente las tres Marías, y Susana, la mujer del mayordomo del tetrarca, llegaron á Betania.

Marta, Lázaro y Magdalena les dieron hospitalidad en su casa.

María preguntó por su hijo Jesús.

—Ha partido á Jerusalem, donde hace mañana su entrada.

La Madre amorosa respondió:

—Yo también, sin que El me vea, quiero presenciar su triunfo.

—Desde este momento, Madre y Señora, exclamó Magdalena, nuestra misión es no abandonarle, porque los peligros le cercan.

—Partiremos mañana.

—Sí, partiremos.

María, Madre de Dios, María Cleofé, María Salomé, María Magdalena y Susana, apenas el albor del nuevo sol bañó las altas palmeras de Betania, se encaminaron á Jerusalem, donde tantas lágrimas debían derramar: donde tantos dolores debían sufrir.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

CINCO DUROS.

I.

Soy feliz: me acaban de prestar sobre mi palabra, que es fianza que vale bien poco, cinco duros.

Cinco duros en oro: una moneda pequeña, reluciente, simpática, acuñada en 1860.

Una moneda de oro me parece la obra mas perfecta de las artes y lo es sin duda. Esta monedilla tiene delicadamente grabadas las armas de España en un lado; en el otro se ve el busto de S. M., pero un busto admirablemente concluido; creo que se sonríe y sin duda lo hace al contemplar mi felicidad.

Cinco duros, ó sean cien reales, entre mis manos; ¿quién lo diría? Yo que no tengo sobre qué caerme muerto, yo que no poseo mas que un mundo... pero un mundo de esperanzas en la cabeza y un océano de amor en el corazón.

¡Dios mío, qué felicidad!

Son las ocho de la mañana y el sol brilla radiante, como no lo ha hecho desde la entrada del invierno; hace calor, sí, creo que hace calor; los árboles... me parece que van á brotar las hojas de los árboles, aunque estamos en enero; el cielo se estiende azul, puro, tranquilo sobre mi cabeza; todos los que pasan por mi lado se sonríen, sin duda son felices como yo, sin duda tienen cinco duros en el bolsillo; acaba de atravesar la calle cantando un niño que lleva un cesto de carbon á su madre. ¿Qué bellos son los niños que cantan llevando cestos de carbon!

Vamos, me voy á volver loco de contento. ¡Cien reales yo, que no como, ni reposo, ni duermo, ni vivo en ninguna parte, porque si como es en mesa ajena, si reposo en silla extraña, si duermo en cama prestada, y si vivo por la caridad, disfrazada con el nombre de amistad, del prójimo!

Cien reales yo que no he encontrado un teatro donde se representen mis comedias, ni un editor que compre mis novelas ó imprima mis versos.

Con estos cinco duros voy á pasar un día de príncipe. Quiero ser un día al menos en la vida completamente feliz, y por lo tanto gastaré en veinte y cuatro horas esta moneda. Entre pasar diez días de escasez ó uno sin privaciones prefiero esto último; no siempre se

ha de ser desgraciado, y si mañana muero no quiero ir á la tumba con el remordimiento de no haber realizado jamás mis deseos.

¿Cómo emplearé hoy el día?

Voy á echar cuentas por primera vez en mi vida.

Almorzaré en cualquier parte, una cosa ligera; como estoy acostumbrado al ayuno mi estómago no pide gollerías; gastaré en el almuerzo 10 rs.; no, 12 rs.; después, á cosa de las once, veré á Carolina, le repetiré por la milésima vez que la amo, que no la olvidaré jamás, recrearé mis miradas en aquellas facciones tan puras, tan delicadas, tan perfectas, en aquel cuello tan torneado y tan blanco, en aquellas manecitas tan redondas, cubiertas de hoyuelos, con dedos afilados y uñas de color de rosa: las horas trascorrirán insensiblemente, y á las dos iré á pasear por el Retiro, que estará concurridísimo; á las cuatro volveré á la coronada villa y corte para comer á las cinco en cualquier fonda: el cubierto será de 3 duros; jamás he comido tan caro; luego tomaré café, fumaré un buen cigarro y me marcharé al paraíso del teatro Real, donde cantan la *Traviata*; por último, con el dinero restante tendré una buena cama en cualquier casa de huéspedes. Dormiré á pierna suelta y mañana á estas horas me encontraré de nuevo en medio de la calle y sin un cuarto, hasta que un empresario de teatro quiera representar mis obras ó un editor dar á la estampa mis libros; contando, por supuesto, con la aprobación de ese monstruo de cien cabezas que se llama público.

II.

Pues señor; vamos á almorzar.

Pero ¡diantre! aquel es mi tío; sí, mi tío don Pantaleón, que dice que me quiere entrañablemente, que está viejo y achacosos y que me ha prometido su fortuna para el día de su muerte si abandono esta vida aperreada que llevo hace años.

Engañaré á mi tío; le diré que estoy empleado, que soy un hombre razonable, que tengo una decente posición social, y esto me realzará á sus ojos. Conviene estar en paz con los tíos ricos y viejos.

Mi tío ha escuchado la narración con incredulidad, después me ha mirado de pies á cabeza exclamando:—¿Qué posición social es esa que te hace andar por las calles de Madrid con las botas agujereadas, el pantalón raído, el gaban grasiento, la camisa sucia y el sombrero rojizo y apabullado?

—Tío, le he contestado, este traje es el de primera hora, de *negligé*, como decimos los elegantes.

—Pues mira, los elegantes usais un *negligé* bien sucio.

—Esto indica distracción.

—Eso indica necesidad ó porquería.

—¡Tío!

—Sobrino. En fin, eso no me importa, lo que me importa mucho y á tí también, es el estado de tu tía.

—¿Cómo se encuentra mi adorada tía?

—Muy enferma; se espera su muerte de un momento á otro, yo he salido para buscar al confesor. Y ya que te encuentro me serás útil, me acompañarás á la casa del sacerdote y luego nos marcharemos á preparar para el caso á tu tía.

—Pero, tío, yo no sirvo para esos lances.

—Pues servirás en esta ocasión.

—Tengo que hacer.

—Te dejaré libre dentro de dos ó tres horas.

—Yo quiero mucho á mi tía.

—Tan lo mejor para prestarle un servicio.

—Lloraré.

—Eso alivia el corazón.

—Me desmayaré.

—Yo te aplicaré vinagre á las narices.

—En fin, puesto que V. lo quiere, sea; estoy á su disposición.

Y después de estas palabras he acompañado á don Pantaleón, hemos hablado con el

(1) Evangelio de San Juan, Cap. XI.

(2) San Juan, Cap. XI.

sacerdote, nos hemos ido á casa, he visto á mi tía, que se ha enternecido, me ha abrazado y me ha dicho.—Cómo recompensaré tu cariño?

¿Quién sabe si pensará dejarme alguna cosa?

Es preciso ser amable con estos moribundos que hablan de recompensas; lo que no sucede en un año sucede en un día.

III.

No sé cómo se ha pasado la mañana; son las doce; estoy libre de las garras de mi tío; la enferma ha perdido el conocimiento, por lo tanto, mi presencia ya no puede serle agradable y me retiro.

Es decir, me voy á la calle.

Reflexionemos: yo debia haber almorzado á las diez, y visitado á las once á mi novia, y

no he hecho ni lo uno ni lo otro, por cuya razon todo mi plan ha venido abajo.

Necesito repartir de otra manera el día.

Almorzaré en el acto; despues veré á Carolina, porque yo no puedo vivir un día sin estar un momento al menos á su lado, á las tres iré á paseo, no al Retiro, sino al Prado, que está mas cerca de la fonda, luego la comida y teatro como en el plan anterior.

Perfectamente.

El Prado es un paseo delicioso: allí se dan cita todas las mujeres bonitas de Madrid; aquella confusion, aquel movimiento, aquel mar de cabezas femeninas, de cabellos rubios de color dorado de espiga tan delicado y tan celestial, negros como el ébano, denotando energía y pasión, de tintas mas ó menos oscuras, elegantemente peinados; aquellas miradas lánguidas, ardientes, tñidas apasionadas, celosas, de

despecho, de rabia, de cariño, que se cruzan, se buscan, se confunden, se rechazan, todo aquel conjunto me fascina de una manera particular, ma atrae, sin duda porque es un cuadro reducido del gran cuadro que ofrece la sociedad humana.

Me he empeñado en pasar un día feliz y lo pasaré.

El almuerzo me espera.

IV.

—¡Lopez! ¡Lopez!

¿Quien me llama? Calla; eres tú, Julio, el enamorado Julio; ¿pero qué te pasa? ¡Estás pálido, desencajado...

—Estoy furioso.

—Ya se conoce. ¿Y se puede saber, qué tienes?



CINCO DUROS.—Abrió con violencia y aparecí yo.

—Ira, deseo de venganza en el corazon, un pensamiento de muerte en la cabeza.

—¡Demonio!

—Necesito un amigo á quien confiar un secreto. ¿Puedo contar contigo?

—Estás melo-dramático.

—No te burles, Lopez.

—Me pondré serio, Julio: Cuenta conmigo para todo.

—Pues bien; ¿tú conoces á Amalia?

—La conozco.

—Sabes, porque yo te lo he dicho...

—Que es un ángel, un conjunto de perfecciones, un alma cándida y pura encerrada en un cuerpo divino.

—Eso creía yo; pero me equivocaba. Lo que sabes además es que la amaba de todo corazon.

—Es cierto.

—La amaba como puede amar un hombre que no ha gastado sus sensaciones, que no ha sentido otra pasión, que ha hecho del amor un culto y de la mujer una diosa.

Ella me manifestaba un cariño sin límites; sus ojos, su sonrisa me decían con mudo len-

guaje: yo te amo; y sus labios se abrian de continuo para traducir en sonidos esta frase.

Yo era feliz, completamente feliz, y dentro de quince días iba á celebrarse nuestro casamiento.

Pasaba esta mañana por la calle de la Montera y ví en el escaparate de un diamantista un precioso alfiler; pensé que Amalia me agradecería este regalo y lo compré.

Eran las diez, hora en que yo no acostumbro verla, hora en que se encuentra generalmente en el tocador, y me pareció que lo mejor sería enviarle la alhaja por medio de un criado.

Despues reflexioné que el regalo de un prometido, de un hombre á quien se ha de llamar esposo dentro de pocos días, debe ser mas agradable si se recibe de su mano; reflexioné además que por el recuerdo que le ofrecía me daría las gracias de la manera dulcísima que sabe hacerlo, sonriendo cariñosamente, fijando en mí sus negros y rasgados ojos, dando á todo el semblante una espresion de bondad y de ternura infinita, y me decidí por ir á su casa.

Ojalá no hubiera pensado tal cosa... pero no; mas vale que lo haya pensado y realizado.

—Advierto, Julio, que tú te lo dices todos por lo tanto, no puedo negar que tiene; razon.

—No estrañes mis palabras; estoy loco. Al llegar á su casa, por una casualidad providencial encontré abierta la puerta; esto me sugirió una idea; iba á sorprenderla cuando menos lo esperaba. Para no ser oído caminé de puntillas, lentamente, como el ladron que teme ó como el espía que acecha.

Llegué al tocador; una puerta de cristales me separaba únicamente de Amalia; puse la mano sobre el picaporte, iba á abrir, cuando escuché una voz de hombre.

Retiré la mano como si hubiera tocado una serpiente, y escuché.

—Hombre, ese es un recurso gastado.

—Te suplico, Lopez, que no te burles de mi dolor.

Aquel hombre hablaba de amor, de juramentos, y pronunciaba mi nombre para escarnecerlo, y se mofaba de mi persona, y aine-nazaba á Amalia con su venganza,

—¿Y Amalia le envió á paseo?
—Amalia lloró, suplicó, protestó que me aborrecía, que solo quería á aquel hombre, que le adoraba; que se casaba conmigo, porque soy rico, pero que su corazón, su alma nunca serían míos.

Yo quise huir, pero la curiosidad, el deseo de conocer por completo toda la perfidia, toda la maldad de Amalia, me tenían clavado en aquel sitio.

El se mostró porfiado, tenaz, indignado, hasta violento; ella sumisa, obediente, resignada.

Era indudable que aquella mujer le amaba con locura.

Por último, aquel hombre exigió mi retrato para tener el gusto de destruirlo, el retrato que yo había regalado á Amalia el día de su santo. Brotó en mi pecho la última esperanza, creí que Amalia se negaría á cometer esta vileza, pero ella se levantó resuelta, decidida, y se dirigió á la puerta que me ocultaba.

Abrió con violencia y aparecí yo.

—Esa salida es de bastante efecto.

—Amalia dió un grito y cayó desmayada; su amante se adelantó á sostenerla, yo me incliné y le dije al oído: lo he escuchado todo, me ha herido usted en el corazón, necesito vengarme. ¿A qué hora podrá un amigo de usted conferenciar con un amigo mío? —Esta noche á las doce, me contestó. —Pues no faltará, le dije, y salí de aquella casa desesperado, y he callejeado al acaso hasta el momento de encontrarte.



Don Gerónimo de Zurita.

—Es decir, que vas á batirte por una mujer.

—Sí.

—Gran majadería. Al descubrir el doble juego de esa ninfa, has debido decirle: Señorita,

me alegro mucho de haber conocido sus intenciones antes de mi casamiento, porque aun es tiempo de arrepentirme de mis tonterías. Busque usted otro necio que cargue con usted, porque yo he dejado de serlo en este momento; y no se acuerde usted de mí, y hasta la vista.

—Sí, pero la pasión...

—La pasión es una señora muy ridícula.

—En fin, Lopez, no es tiempo ahora de discutir; la provocación existe y no puedo menos de realizar el desafío. Venga conmigo y te enteraré de algunos pormenores indispensables, y esta noche á las doce arreglarás las condiciones con el amigo de mi adversario.

—Es decir, que me eliges por padrino.

—Precisamente.

—Pues te has dirigido mal; yo no quiero mezclarme en esos negocios.

—Eres mi mejor amigo, y no puedes abandonarme en un lance en que quizá pierda la vida.

—Eso mismo me impide...

—Yo te creo un hombre de honor y no me abandonarás.

—Si me hablas de honor...

—Sí; tu honor te prohíbe rehusar en esta ocasión.

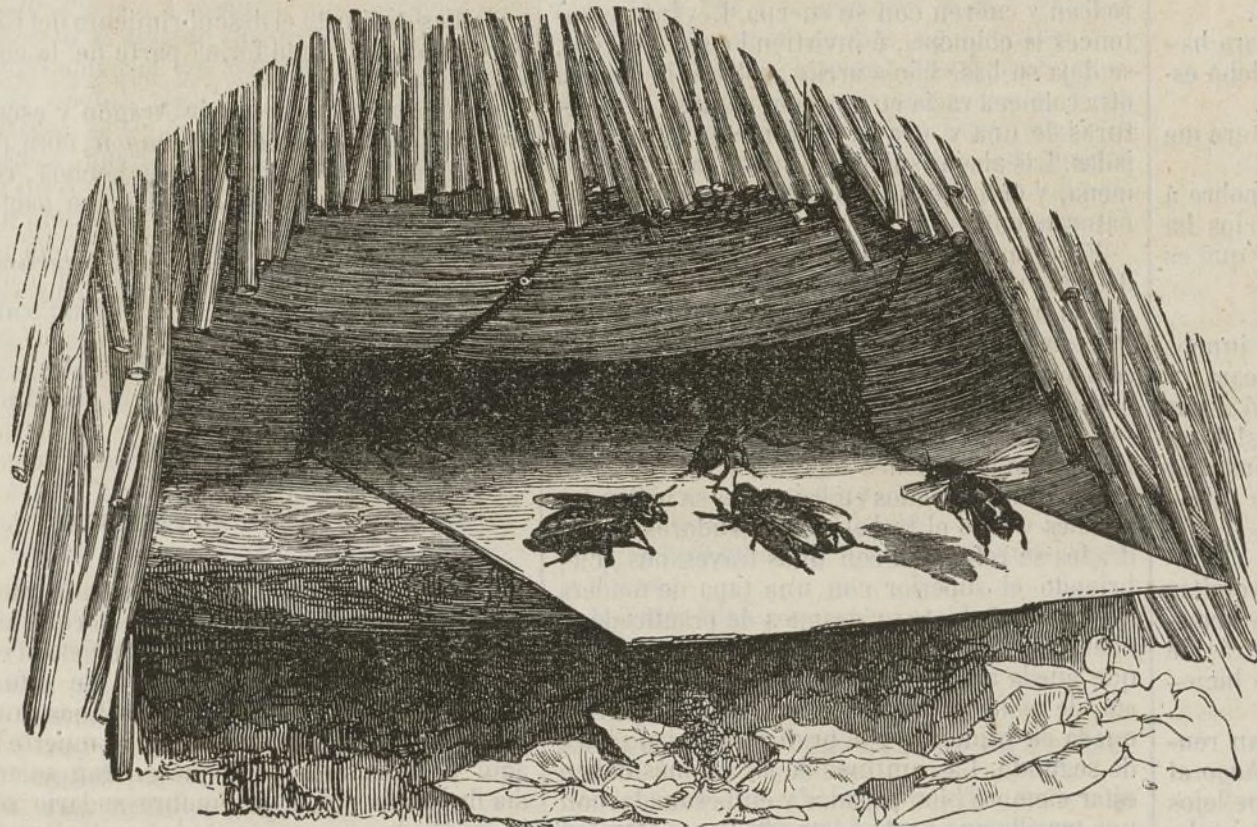
—Pues si me lo prohíbe, no he dicho nada.

—Ven á casa y hablaremos; el tiempo vuela y necesito aprovecharlo.

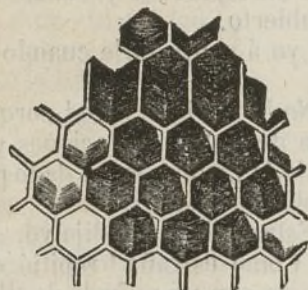
—Soy tuyo.

(Se continuará.)

RAFAEL BLASCO.



Abejas trabajando.



Celdillas de abejas obreras.



Abeja obrera.

UN SUEÑO.

ARTÍCULO DEDICADO Á LOS HABITANTES DE MADRID.

Con el estómago vacío y la cabeza atestada de ilusiones, me tendí noches pasadas sobre mi colchon oblea y después de dar mil vueltas para colocarme de manera que los huesos no barrenasen, el tablado, empecé á reflexionar sobre la propiedad. No hay que asustarse, señores míos, que yo respeto la propiedad y tanto, que hasta respeto la mal adquirida, es decir, la cimentada sobre usuras y estafas; como digo, empecé á reflexionar sobre la propiedad, y de reflexion en reflexion vine á parar en la

cuestión de alimentos, y rendido y fatigado de tanto cavilar me quedé dormido, y como la imaginación estaba preocupada con las dos cuestiones que llevo dichas, empecé á soñar disparates tan parecidos á la realidad que los voy á referir para que juzguen mis lectores.

Se presentaron á mi vista los cerros de San Isidro llenos de agujeros y por cada uno de ellos asomaban tres ó cuatro cabezas al parecer humanas.

De cuando en cuando veía que algunos, tímidos y recelosos, salían de sus madrigueras, bajaban á la pradera y se ponían á comer yerba con la misma naturalidad que si fueran cordeles ó jumentillos.

Yo estaba aturdido al ver aquella escena y

no hubiera salido fácilmente de mi espanto si no se hubiera llegado á mí uno de los que comían, que con voz muy clara me dijo.

—«Querido Flaco, estará usted dudando si las cabezas que se asoman por aquellos boquetes son de personas humanas ó de fieras, pero no me estraña, al ver que tiene usted delante á Gregorio el cojo, su antiguo zapatero y no le reconoce.

Entonces reparé que traía dos zapatillas por orejas y me convencí que pertenecía á la hermandad de San Crispín.

Animado al encontrar un conocido me tomé la libertad de preguntarle qué significaba aquella original romería.

—Ha de saber usted me dijo, que todos los

que se asoman por esos boquetes ni son personas ni fieras, son pobres que no pudiendo encontrar habitaciones proporcionadas á sus mezquinos jornales, porque los señores propietarios, por las habitaciones que hace unos cuantos años cobraban cuarenta ó cincuenta reales, cobran hoy cuatro ó cinco duros y además, como en todas las casas nuevas suprimen las boardillas y las sustituyen con sotabancos que rentan de siete á doce reales diarios, hemos tenido que venirnos á estos cerros y vivir como los conejos y las lagartijas; pero no es esto lo peor, porque si ya que suben los alquileres subieran los jornales, menos mal, pero nada de eso; así es que no alcanzando lo que ganamos para tomar el alimento preciso y faltos de recursos, pues hasta para romperse los huesos trabajando es preciso buscar recomendación, hemos tenido que acostumbrarnos á comer mielgas, berros, malvas y cuantos yerbajos se crían en estos contornos. Y ahora que ya sabe usted que ni somos fieras ni personas, sino pobres inofensivos, venga usted conmigo y encontrará muchos amigos suyos, que no pudiendo soportar la carestía de los comestibles y las exigencias de los caseros, han tenido que convertirse en ermitaños y venirse á esta nueva Tebaida, en donde pasan el día contemplando la suerte que han tenido en venir al mundo en estos felices tiempos.

Me fui acercando y al primero que encontré fue á mi amigo Eladio, que con el equipaje metido en un calcetín andaba comiendo amapolas.

—Este, me dijo al oído el zapatero, hace pocos días que ha venido y como no tiene acostumbrado el paladar, tan solo come flores, pero con el tiempo tendrá que comer retama.

Pasamos mas adelante y cerca de la orilla del río encontramos á Felipe que estaba arrancando juncos.

—¿Que se hace amigo? Le pregunté.

—No lo ve usted, arrancar juncos para hacerme un taparabos y cubrir lo que debe estar cubierto.

Iba yo á contestarle cuando el zapatero me dijo:

—No le replique usted porque este pobre á fuerza de sufrir privaciones y desprecios ha perdido la razón y le ha dado por decir que es republicano rojo.

—Estraña locura, dije yo.

—¡Cómo estraña! repitió el de los juncos dándome con un puñado de ellos en la cara: y gritando como un desesperado empezó á dar voces diciendo. ¡A mí, á mí, hermanos! Confundamos á este infame que viene á insultar nuestra pobreza y á gozarse en nuestra miseria.

—¡¡Muera, muera!!! dijeron todos.

Y aquellos boquetes empezaron á vomitar fantasmas que desgajando los árboles y armados con sus ramas dieron á correr detrás de mí con tal estruendo y algazara que me hicieron despertar.

Al recordar mi sueño me encontré tan rendido y fatigado como el *ilustre manchego* al terminar la pasmosa aventura de los pellejos de vino. Pero sigo dudando si lo que acabo de contar es sueño ó realidad.

M. F. EL FLACO.

ECONOMIA RURAL.

COLMENAS.

En muchas provincias de España, y entre ellas en Castilla, se saca gran partido de los colmenares. Estos, como saben nuestros lectores, pueden considerarse como unos inmensos talleres, en los cuales multitud de obreras sin arte, sin razón, sin inteligencia, trabajan día y noche con una habilidad verdaderamente maravillosa.

Es en extremo curioso cuanto se refiere á la fisiología de las abejas, pero esto pertenece mas bien á la historia natural, y nosotros solo

nos proponemos hablar hoy de su importancia y utilidad bajo el aspecto industrial.

Con el nombre de *colmenas*, se comprende en todas partes, las habitaciones donde las abejas trabajan, y en las cuales depositan la cera y la miel que ellas elaboran tan admirablemente. Dichas colmenas son de una construcción que ha sufrido ya muchas variaciones; pero la mas conveniente, la mas común, es la de un cilindro que termina en una figura cónica, construido de pajas, mimbres, corcho, ó de troncos de árboles. También las hay que no rematan en punta: en este caso se les cierra perfectamente con una piedra adecuada al objeto, y en el primero se les cubre con barro ú otra cosa análoga, para que no penetren en ellas las aguas ni la luz. Sus proporciones suelen ser de 2 á 2 1/2 pies de diámetro; y de 5 ó 6 de altura, y conviene colocarlas sobre una plataforma de madera ó piedra, que se eleve como dos pies del nivel del suelo, para librarlas de las humedades de él.

Cuando los enjambres están para marcharse, lo cual se conoce por la agitación general que reina entre las abejas, hay necesidad de adoptar algunas precauciones, con el objeto de evitar que se salgan voluntariamente y se vayan muy lejos; y al efecto conviene tener cerca una colmena vacía; si el enjambre se fija en algún árbol como con frecuencia sucede, basta poner debajo una colmena vacía, y por medio de una escoba se hace entrar en ella á las abejas.

El jbardeo se practica de la mejor manera, hasta ahora conocida, ahumando los agujeros que sirven de entrada á la colmena, quemando paja, pedazos de paño, ú otra cosa que produzca el mismo efecto; el humo produce la molestia consiguiente á estos insectos, y no pudiendo salir de aquella porque se encuentran con una densa capa de humo, acuden todos inmediatamente á salvar la hembra ó reina, á quien rodean y cubren con su cuerpo. Levántase entonces la colmena, é invirtiendo su posición, se deja su base hacia arriba, colocando encima otra colmena vacía en posición natural, las junturas de una y otra se cubren con paños mojados. Las abejas suben después á la nueva colmena, y entonces se separan, colocando ambas naturalmente.

En algunas partes siguen la práctica fatal de destruir un enjambre para sacar la miel, cuyo medio no puede ser más detestable y ruinoso. Para evitar que esto suceda, asegurando la cosecha ó producto actual sin riesgo alguno, se construyen las colmenas con cajones sobrepuestos, y sin suelos, cuyo método permite quitar fácilmente los cajones superior é inferior, sin tocar los intermedios en los cuales se hallan los panales y todo el trabajo: los bastidores ó cuadrados se refuerzan con unos travesaños, cubriendo el superior con una tapa de madera adecuada al objeto; y después de practicada la operación, se pone dicha cubierta en el cajón que queda arriba, metiendo por bajo otro vacío, de manera que el segundo cajón de arriba queda de primero, y el primero de abajo hace de segundo. Las junturas de los cajones deben estar siempre bien pegadas y embetunadas con una masilla que baste á impedir la penetración del agua y de la luz; y por lo demás se supone que las abejas entran y salen en dichos cajones por unos agujeritos como los que se practican en las colmenas cilíndricas.

Cuando los colmenares están bien cuidados y situados, se extrae de ellos dos veces cada año la cera y miel, esto, sin embargo, no es prudente. Dará los mismos resultados haciéndolo una vez cada año, y en cuanto á la época, por regla general, es conveniente la primavera. Los colmenares deben situarse al Mediodía, resguardándolos de los vientos del Norte y de las aguas.

Por lo demás, y como ya hemos dicho antes, es en extremo curioso y sorprendente el orden y perfección con que trabajan las abejas, cuyos insectos están provistos de una trompa, con la cual extraen del cáliz de las flores, los jugos que les sirven de alimento, ó que se guardan bajo la forma de miel: su única escrocion es la

cera, que se forma en cintas alrededor de los anillos de su vientre. El insecto reúne y trabaja esta cera con sus patas y construye con ella panales, en los cuales guarda la miel que puede necesitar en el invierno, y los huevos que pone la reina, que sufren en los alveolos de dichos panales todas sus metamorfosis antes de convertirse en abejas.

La construcción de estos panales es la cosa mas admirable del instinto animal, pues está ejecutada siempre con tal perfección con tal inteligencia, con tal maestría, que sobre ser bellos á la simple vista, y de las dimensiones mejor combinadas, se emplea en ellos la cantidad de materiales absolutamente precisa, á fin de dejar el mayor vacío disponible; sus formas geométricas no pueden ser mas admirables y convenientes. Los panales figuran murallas paralelas, suspendidas de lo alto de la colmena, habiendo entre ellos una distancia regular, y están formados de alveolos hexagonales, colocados horizontalmente, opuestos en sus bases.

Las abejas producen siempre una cantidad de miel harto mayor de la que necesitan para mantenerse durante los frios del invierno; pero sin embargo se las debe reservar una parte de aquella: la cera, que vale mas que la miel, es inútil dejársela, porque el trabajo de las obreras restablece pronto la colmena.

D. GERÓMIMO DE ZURITA.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Nació este notable historiador y canonista español en Zaragoza, el año 1512.

Desempeñó varios destinos administrativos y recorrió la Italia y la Sicilia buscando documentos.

Débase á Zurita el descubrimiento del *Chronicon Paschale*, que forma parte de la colección bizantina.

Fue cronista del reino de Aragón y escribió los *Anales de la corona de Aragón*, obra célebre en que el autor muestra con hechos, como nació y se perfeccionó la constitución nacional de las provincias aragonesas.

Dejó otra obra titulada *Indices rerum ab Aragonie regibus gestarum ab initio regni ad annum 1410*.

Murió en 1581.

S. M.

REVISTA DE NOVIEMBRE.

Queridísimo Clemente: el presente mes se ha inaugurado lloviendo, tal vez porque la naturaleza quiso unir el rocío de su cielo al rocío de lágrimas que durante el día de difuntos vierten todas las madres por los hijos que les ha arrebatado la muerte... ¡La muerte! hé aquí la tenebrosa idea que en tan solemne día fluctuaba como un fúnebre sudario sobre la muchedumbre contristada!... ¡Yo también he visitado los cementerios; he escuchado el doble acompasado y lento de las campanas; el silencio augusto de la población y los responsables de los sacerdotes, consternado ante ese espectáculo supremo que lleva al alma el recogimiento y al pensamiento la ahogada idea de otra vida mejor! Aun recuerdo las dulces horas que meditando al pie de un nicho sobre lo porvenir, vino á sacarme de mi abstracción la voz de la campana que me llamaba á orar... Estaba en la sacramental de San Martín; el frío soplo de la muerte parecía agitar mis cabellos en aquella santa morada del dolor, trayendo hasta mí el olor acre y nauseabundo de los blandones, y el blando perfume de los cipreses que como centinelas avanzados custodian la morada de los pobres. Un libertino pasó á mi lado telegrafeando con una mujer hermosa... de repente le vi fijarse en la misma lápida que yo miraba, inclinar la frente y re-

petir la siguiente redondilla grabada sobre el frío mármol de una tumba:

«Como tú te ves me vi,
Como me ves te verás,
No ofendas á Dios, que estás
Muy cerca de estar aquí.»

¡Cuán magnífica es! No hay nadie que pueda leerla con enjutos ojos, ni que leyéndola se atreva á profanar aquella morada eterna!—Pero sigamos adelante... ¡El mundo no gusta de lágrimas sino en los días de precepto, y una vez pasados estos, vuelve á entregarse á sus frenéticas locuras!... Pasemos por lo tanto á los teatros...—Novedades nos dió el *Don Juan Tenorio*, drama nuevo de Zorrilla; y en la Zarzuela se ha estrenado con un éxito bastante deplorable el drama *Jacobo Trezzo*. Al mismo tiempo que te doy la noticia le doy el pésame á su autor. Se habla con elogio de una zarzuela titulada *Infraganti*, debida á la pluma de un joven conocido ya en la república literaria...—El mes próximo empezará á ver la luz pública la novela que actualmente escribe nuestro amigo Paco Entrala. Hasta ahora, y por no ofender la modestia de su autor, sólo puedo decirte que el título es acertadísimo y que el desempeño de la obra va en armonía con aquel. Se titula *Los hombres de la época ó la rueda de la fortuna*. ¡Qué cosas se pueden decir y qué misterios se deben desenrañar!... Por lo demás, no hay novedad en el campo de la literatura.—*Las Cosquillas* ha estado haciéndose al autor de *Cabezas y Calabazas*, y éste ha lanzado sendos picotazos en el *Mosquito*. *El Pavo* piensa emigrar pronto temeroso de que le alcance la Noche-Buena, y *El Alba* ha salido, según cremos, á contemplar el lucero de idem.

Los demás teatros han estado mas animados que en el mes anterior.

El *Real* volvió á reanudar sus funciones con el *Roberto el diablo* (mi tocayo), obteniendo grandes aplausos los artistas que desempeñaron la célebre partitura de Meyerbeer. Sin embargo, se sigue hablando de *silbas y escándalos*, que no sé en qué pararán.

El *Circo* sosísimo.

Un gran acontecimiento artístico ha tenido lugar el día 19 del pasado; la resurrección de Romea. El ilustre actor se presentó por fin al público madrileño que esperaba con impaciencia su vuelta á la escena: despues de su dolorosa enfermedad, Romea representaba *El hombre de mundo*, su comedia favorita entre las favoritas de su repertorio. Vivas, aplausos, coronas y versos inundaron el espacio; el teatro estaba lleno, hasta el punto de verse dos personas sentadas en una misma butaca; el entusiasmo era grande. Incluiré en esta carta las preciosas quintillas de Ricardo de la Vega, hijo del autor de la comedia que se ponía en escena. Dicen así:

«Hoy que el arte de Talía
El luto que ayer vertía
Por tí abandona, Romea,
Siento, al par que la alegría,
Que mi padre no te vea.

Mil parabienes te doy;
La comedia que haces hoy
De mi padre hija querida,
Y de la que hermano soy,
Contigo vuelve á la vida.»

También son notables las siguientes décimas de Manuel del Palacio:

«Otra vez sobre la escena
Del arte para consuelo,
Inspirada por el cielo
Tu voz sublime resuena.
De pesar el alma llena
Tu mal y el suyo miró,
Y tanto por tí rogó,
Que la muerte conmovida,
Para la gloria y la vida
Al tiempo te arrebató.

Hoy, como siempre, sin par
Tu genio vuelve á lucir,
Y de nuevo haces sentir
Y haces de nuevo gozar.
Tal de la lumbre solar
Se eclipsa el rayo un instante;
Mas para la nube errante
El vapor se desvanece,
Y el astro rey aparece
Mas hermoso y mas brillante.»

Nuestro amigo Rada y Delgado habia también escrito, inspirado por tan fausto acontecimiento, este magnífico soneto:

«¿Quién eres tú?... Cual poderoso atleta
A quien en vano el gladiador combate,
Mi rauda paso que la vida abate
Detiene ante tu voz su marcha inquieta.
Nada mi rudo pie, nada respeta,
Y porque mas en mi estupor te acate,
El genio sobre tí sus alas bate,
Cíñe tu frente el lauro del poeta.
El mundo tiembla á mi poder temido,
Y tu mirada audaz mi vista hiere...»
Así el tiempo exclamó, que orgullecido
Al genio combatir en vano quiere,
Y al escuchar tu nombre, confundido
Baja las alas, se estremece y muere.

Seria imposible copiar aquí todas las composiciones que se lanzaron á las tablas en aquel momento sublime; te diré los nombres de algunos de los autores: estaban entre estos los señores Moreno Godino, Palacios, Egulaz, Barbieri, Puente y Brañas, Pastorido, Alvarez, Picon, y otros muchos que siento no retener en la memoria.

Noté con extrañeza que la señorita Diaz representaba la parte de la criada, recordando que esta misma artista habia desempeñado hace un año el papel de dama; pero supe poco despues, que por una atención á su dignísimo director habia aceptado este papel, accion laudable que prueba el amor con que distinguen al señor Romea todos sus compañeros. Y ya que te he hablado de la Felipa Diaz y que esta actriz puede leer mi carta-revista, me dirigiré á ella para decirle que siga por la gloriosa senda que se está trazando con sus distinguidas dotes artísticas, y llegará un día en que figure como una de nuestras glorias teatrales: en efecto, es una esperanza para la escena, mucho mas apetecida, cuanto mas raras son hoy semejantes esperanzas.

En los Eliseos ha habido toretes y muchos bailes y diversiones.

En la Zarzuela se ha estrenado con aplauso *La campana de la ermita*. No he asistido todavía á la representación de esta obra.

He escrito mucho y me veo obligado á dejar la pluma.

Siempre tuyo,

ROBERTO EL DIABLO.

EN EL SEGUNDO CUMPLEAÑOS DE MI HIJO.

¿Quién eres, dí, que en mi azarosa vida
Gusto y placer sin tasa haces sentir,
Y aquí en mi alma, de emociones seca,
Siento otra vez el corazón latir?
Eres el ángel que mis sueños dora,
Mi estrella, mi destino, mi ilusión,
Eres el alma, tú, de mi alma toda;
¡Bendígate el Señor!

HORACIO PASCUAL.

Madrid 19 de noviembre de 1864.

CANTARES.

I.

Una ilusión yacia
Bajo una losa,
Y sobre este sepulcro
Salió una rosa.
Las ilusiones

Hasta muertas alegran
Los corazones.

II.

Besé sus negros cabellos
Al marcharme de su lado.
¡Cuánto he sufrido al volver
Viendo sus cabellos blancos!

III.

Jamás creí en el amor;
Pero siempre que te veo,
Poniéndome de rodillas
Digo: «Creo, creo, creo.»

IV.

Rosa que sobre el tallo
Mucho se eleva
Y mas alta que todas
A verse llega,
Vaya con viento,
Que puede ser la que antes
Se lleve el viento.

V.

Antes, vivir en tus brazos
Era mi ardiente deseo,
Y hoy, me contentara solo
Con poder morir en ellos.

VI.

Si estás sedienta de amor
Huye de mí por tu bien,
Que mi pecho es un desierto
Y te morirás de sed.

VII.

Cuando recuerdo aquel mundo
Que en tu mirada veía,
Me asusta ver este otro
En que se arrastra mi vida.

VIII.

—Hoy son tus ojos luceros
Y es mas dulce tu beldad.
—Es que vengo, caballeros;
De ejercer la caridad.

IX.

Si tú eras feliz soñando
Y el sueño se fué de tí
¿Por qué, desalmado, á mí
Siempre me estás despertando?

X.

Tanto era lo que te amaba,
Que aun el pensamiento mio
No se esplica cómo fue
El condenarte al olvido.

XI.

Por calumniarte empecé
Y por adorarte acabo,
Ascension, calúniame
A ver si me amas al cabo.

XII.

Cuando miro una tumba
Cierro los ojos,
Y de quedarme en ella
Me dan antojos;
Y es que mi vida
Está desde hace tiempo
De muerte herida.

ANTONIO CAMPOS Y CARRERAS.

¡FATALIDAD!

La fatalidad ha perseguido casi siempre á las personas mas célebres del mundo.

Menandro fué ahogado en el puerto de Pirreo.

Eurípides y Heráclito fueron ambos despedazados por perros.

Teócrito pereció por la compresión del dogal. Empedocles fue precipitado en el cráter de un volcan.

Plinio, el naturalista, fue víctima de su en-



Martirio de San Hermenegildo.

tusiasmo científico, pereciendo en el cráter de otro volcan.

Hesiodo fue asesinado por un falso amigo.

Archicolo é Ibico perecieron á manos de ladrones.

La célebre Saffo se precipitó desde lo alto de una roca en Lesbos.

Esquilo murió del golpe de una tortuga, que escapada de las garras de una águila, cayó sobre su cabeza.

Anacreonte murió de una borrachera.

Cratino y Terencio perecieron en un naufragio.

Séneca y Lucano fueron desangrados.

Lucrecia se quitó la vida en un frenesí de amor desesperado.

Sócrates y Demóstenes fueron envenenados.

Ciceron fue degollado por un oficial romano.

Arquímedes pereció en el sitio de Siracusa, mientras resolvía un problema geométrico.

Ulpiano, eminente jurisconsulto, y prefecto del pretorio, fue asesinado por su misma guardia.

Juan Goujon, célebre escultor y arquitecto de Francisco I, pereció en la noche de *Saint Barthelemy*.

Alonso Cano, murió en un desafío.

Bernardo Palyssi, héroe popular de Francia, murió en la prision.

Kook, intrépido navegante, fue muerto en la bahía de Karakakwa.

Baylly, astrónomo eminente, murió en el cadalso.

Andrés Chenier tuvo la misma suerte un día antes que Robespierre.

Laperousse, almirante francés, desapareció con los buques que mandaba, destinados á explorar países desconocidos.

Franklin, almirante inglés, ha desaparecido entre los hielos del polo con una escuadra con igual objeto.

Condorcet, el filosofo, se dió la muerte en la cárcel, por evitar el cadalso que los terroristas le tenían preparado.

César fue víctima de Bruto y Casio.

El tribuno Geruncio, pereció á manos de los cónsulos á quienes iba á censurar.

Germánico fue envenenado por Pison.

Caton se suicidó leyendo el tratado de *Immortalidad del alma* de Platon.

Torcuato Tasso, murió en un hospital de locos.

Hasta aquí las noticias que tenemos de la muerte de muchos hombres; en cuanto á nosotros,—porque tambien somos ó pensamos ser hombres célebres,—moriremos regularmente de una rabieta con cajistas, maquinistas, repartidores, y tanto hijo de Dios como á cada momento nos quema la sangre; de modo que mas adelante se podrá decir que moriremos de hidrofobia.

SUETOS VARIOS.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion del libro titulado *DISTRACCIONES DE UN HAMBRIENTO*, por D. M. F. *El Flaco*, del cual insertamos hoy un artículo. Mas adelante daremos á conocer algunas otras composiciones en prosa y en verso, notables como toda su obrilla, por las gracias y epigramáticos chistes que abundan en ella.

Se vende á 2 rs. en la administracion de *El Cascabel*.

Hé aquí las rarezas de algunos escritores célebres:

Lamartine, célebre poeta, no puede trabajar como su aposento y su mesa no se hallen en completo desórden, lleno todo de papeles y libros, entre los cuales se pasean un loro y un perro.

Balzac necesitaba para poder reunir sus ideas tener en su escritorio tres velas de sebo, ni mas ni menos, las cuales despabilaba alternativamente, y este movimiento era el que hacia brotar de su imaginacion los pensamientos que sabia trasmitir al papel. Por lo mismo no trabajaba con la luz del día, y en el momento mismo en que el sol brillaba en el horizonte, encerrábase en su casa, hacia cerrar las puertas y ventanas, y encendia y despabilaba las tres velas, que formaban su mesa.

Jorge Sand trabaja de noche y enardece su imaginacion con el café y los cigarrillos.

Ana Radcliffe no escribia jamás sus funebres y sangrientas páginas como no fuera alumbrada por la opaca luz de una vela colocada dentro de un cráneo.

El abate Lacaille, famoso astrónomo, habia inventado una especie de horquilla, en la que acomodaba su cabeza, y pasaba así las noches observando el firmamento, sin conocer otros enemigos que el sueño y las nubes, y sin sospechar siquiera que se pudiesen emplear de un modo mas agradable aquellas horas silenciosas, que le reveaban la armonía del universo. En ellas contrajo una afeccion de pecho que acabó con él en pocos dias.

A Sirodet no le gustaba trabajar durante el día. Asaltado en medio de la noche de una fiebre inspiradora, se levantaba, hacia encender las arañas de su taller, y colocaba sobre su cabeza un enorme sombrero todo cubierto de luces: con este singular aparato se llevaba pintando las horas enteras; así es que jamás ha habido una constitucion tan débil, mas escasa de salud, mas deteriorada que la de Sirodet: en la última época de su vida, harto corta, su genio se parecia todo á un cadáver.

El célebre Cuyacio estudiaba tendido á la larga sobre un tapiz, boca abajo y rodeado de montones de libros.

A MIS QUERIDOS TIOS.

B. y E.

Amigos del alma, la suerte os coloca
Allende los mares tan lejos de mí,
Que solo recuerdos que el pecho convoca
Le aplacan las penas de veros ahí.

Pero ese es el medio que lleva á la gloria;
Sirviendo á la patria, debeis olvidar
Parientes y amigos, y en vuestra memoria
Que sois españoles tan solo pensar.

Muy justo es que lllore la madre afligida
Que teme en la ausencia perder vuestro amor;
Mas luego, consuelo será de su vida
El premio condigno de vuestro valor.

Sí, sí, yo confío que desde su altura,
De Dios recompensa debeis esperar,
Y un tiempo mas grato vendrá de ventura
Que todas las penas os haga olvidar.

Y en tanto que llega feliz ese día
Sabed que mi pecho tambien suspiró;
Y en estos renglones, amante os envia
Afectos del alma, quien siempre os amó.

A. V. GIRON.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.